



LAS ÁGUILAS IMPERIALES POR LAS CALLES DE ODESSA

10 CÉNTIMOS



La inglesa española

Aun alienta la pandilla de vividores que desean la ruina de España.

Muerto el gran ignorante Sagasta — Apedreando nacional — resucita prodigiosamente en la infinita caterva de sus iguales. No hemos escarmientado en cabeza propia, y corre todavía la época en que nos arrastrábamos á los pies de Mac-Kinley y Sherman, para provocarles luego y para pedir al fin la paz y el olvido de imperdonables culpas.

La ralea de los partidos ruge de furor ante la posibilidad de una alianza con Inglaterra. Por un casamiento que no les importa y del cual no gozarán probablemente, nuestros *leaders* remueven indignados el cielo y la tierra. Estos censores fin gemido, como si se hallaran al borde de un abismo. Lanzan al palenque el «peñón de Gibraltar», á guisa de seguro ultraje á la honra de la vieja y marchita Iberia. «El leopardo inglés dicen cautamente — quiere trasladar á La Linea la capi-

talidad española, y la bandera del Reino Unido ondeará pronto en una exlengua de la Península»

Son los patriotas que expulsaron del ejército español al heroico Máximo Gómez y que vilmente aplaudieron la muerte del caballeresco Flor Crombet. Es la turba que puso á Cervera en la singular alternativa de sucumbir torpemente ó entregarse sin gloria. La guerra se debió á esa gente. De Madrid partió la orden de continuar la resistencia, cuando era imposible la victoria, y los mismos bribones decretaron la paz y la rendición cuando vieron que se habían equivocado.

Vencidos sin combatir, los españoles no deben avergonzarse de su derrota. El ejército recibió la intimación de entregarse y fué desarmado por los bandoleros que ahora privan en la política.

**

No puede casarse con la inglesa, no puede hacerla española, porque correría peligro la integridad de la patria. Se aspira á una *mésalliance*. Quieren casarle con la hija del exradical Doumer ó con el astuto Loubet, el viejo zorro que tan diestramente se burló de los mineros de Albi.

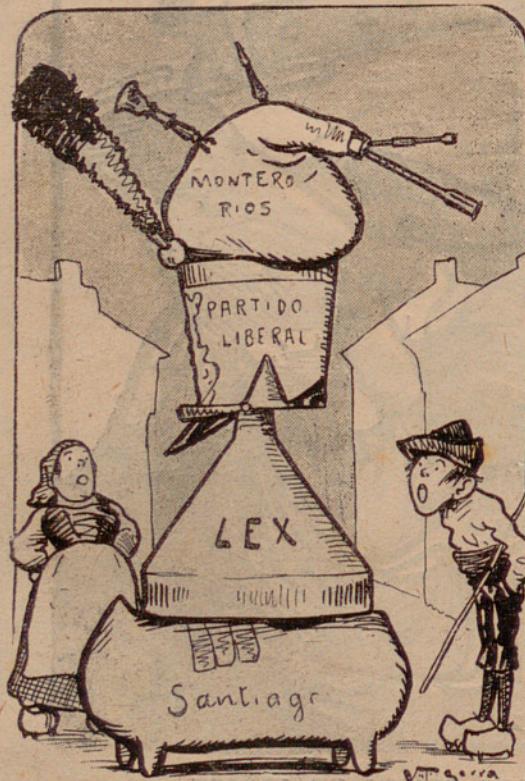
Esta cuestión internacional afecta á todo el mundo, menos á los novios. Los ciudadanos adscritos al servicio de Montero y Weyler se interesan por una boda que perderá ó salvará á la moribunda peseta. En lo íntimo de su corazón, los súbditos lo tolerarían todo, excepto el regio amor libre.

Pero la enemiga contra los ingleses es tal vez un recurso electoral y un plan sublime en que andan metidos los maquiavelos de la reacción y los mágicos del liberalismo. Los católicos son previsores y cuerdos. Les asusta la perspectiva de un casamiento con Enrique VIII y duermen despiertos ante los altares del dogma. Los liberales son todavía menos inocentes. Su maravillosa perspicacia les sugiere la idea de un perpetuo celibato borbónico. Si él no se casara, su única prole sería ciertamente el pueblo hispano. En tal supuesto, el poder real se ejercería únicamente fuera de los límites conyugales, y el *clan* de los súbditos matrimoniables ó casados viviría en perpetua y agradable alarma. Por estas vías providenciales pasaría á las sienes del contribuyente la corona de Fernando el Santo.

A no ser que se pretenda noblemente ceñirla á las sienes de una doncella educada en cualquier *béguinage* austriaco. Esto evitaría complicaciones exteriores y permitiría al Sindicato liberal-conservador mantener la piadosa tradición romana y proclamar, cuando llegue el caso, una cruzada contra el peligro japonés, que está á las puertas de Kárbibin. Y nuevamente podríamos enviar soldados y marinos á una muerte cierta, sin permitirles el lujo de caer en bella postura.

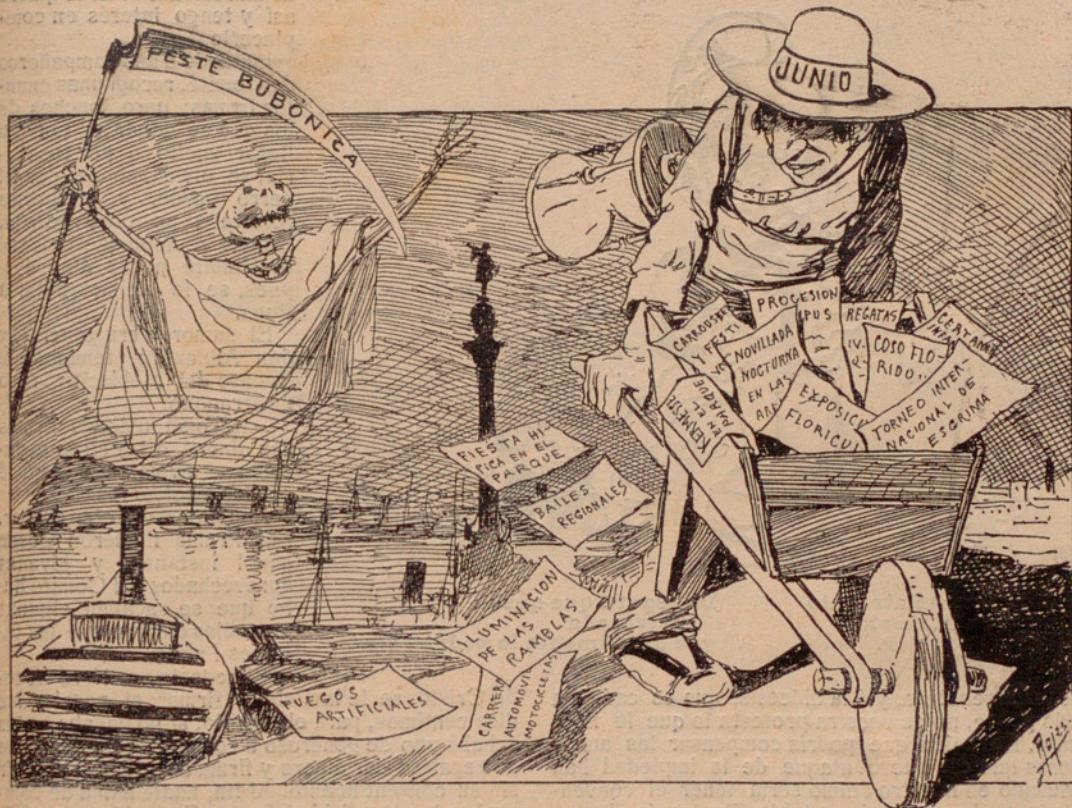
R. SEMPAU.

El monumento á Monfero



Nuestro proyecto

El último festejo



JUNIO.—¡Ahí queda eso!

LOS PURITANOS

III

Cediendo á la presión de la gran masa de los electores republicanos de Barcelona, el Ayuntamiento acordó retirar las subvenciones de carácter religioso, verdaderos momios que con los bienes comunales se otorgaban de antiguo á unos cuantos caballeros de industria recomendados por el obispo ó algún párroco influyente.

No por ser esperada la resolución municipal dejó de producir inmenso efecto en las sacrerías barcelonesas. Casañas vió enseguida que todo aquél trastorno amagaba una serie de lluvias periódicas de sablazos sobre su caja, y como que la perspectiva le hacía muy poquísima gracia comenzó á discutir á quién podría endosar el hueso.

El afán de farolear de Pons no tardó en facilitar á su tacaña eminencia la solución buscada. Don Alejandro, al frente de una Comisión formada por una docena de los afiliados al Comité de Defensa Social que tenían la ropa negra en mejor estado, se presentó una mañana en la cámara del cardenal.

Testigo de la escena que allí se desarrolló, pude referirla con todo género de detalles.

Casañas nos recibió con visible malhumor, y despues de manifestar que tenía prisa, mucha prisa, cruzó ambas manos sobre el abultado abdomen y se dispuso á hacer ver que escuchaba al latoso don Alejandro.

Este soltó el discurso que se traía embotellado:

— Venimos á protestar del atropello que contraía religión sacrosanta de nuestros mayores ha perpetrado el Ayuntamiento republicano de esta ciudad católica ..

Hizo pausa y miró nuestro presidente la cara de S. E queriendo adivinar el efecto que el exordio de su perorata había producido. La frente de Casañas se había nublado con profundas arrugas y con la cabeza hacia movimientos de impaciencia. Pons aparentó no apercibirse y reanudó su discurso:

— Venimos á protestar

— No es aquí donde debíais protestar, sino en el Ayuntamiento, y, aprovechando vuestra situación de concejal, haber impedido á toda costa que prosperase tan escandaloso acuerdo, que es vergüenza y escarnio de Barcelona.

Y el rostro de monseñor se cubrió de tintes apopléticos al pronunciar estas últimas palabras.

Pons callaba, sin osar levantar la vista para mirar al irascible cardenal, quien, recreándose, sin duda, intimamente ante el efecto producido por su homilía, continuó hablando cada vez con más calor:

— Ahora quedan sin amparo numerosas Asociaciones, que han venido á este palacio en busca del pedazo de pan que vosotros habeis consentido que

La carta de Nakens



Documento atrevido que ha movido un lio regular.

De seguro que queda polvareda que difficilmente la podrán sentar.

se les arrebatase, y á la diócesis, que es cada dia más pobre, no es vuestra protesta lo que le hace falta. Lo único que podría compensar las amarguras que ese nuevo ataque de la impiedad han causado en nuestro ánimo sería tener el convencimiento de que la inagotable filantropía de los católicos de Barcelona no ha de flaquear en este apurado trance.

Don Alejandro adelantóse hacia el sitial que ocupaba el obispo y dijo atropelladamente que el Comité de Defensa Social correría con todos los gastos que oca-sionase la compensación de las subvenciones suprimidas

Desarrugóse la frente de S E, sus ojitos grises, brillaron con alegría y sus labios abultados sonrieron con expresión de triunfo:

— Amado Pons-dijo-, vuestro ofrecimiento generoso me conforta. Pero quisiera que esa obra de reparación no fuese exclusiva de unos cuantos, sino de todos los fieles de Barcelona. Volved mañana y estudiaremos un plan que pueda tener resonancia

— Besamos el anillo y abandonamos la cámara del cardenal; Pons estaba más contento que unas Pascuas.

Dos días después nos llamó don Alejandro, para entregar á cada uno de nosotros un paquete de listas con el encargo de recoger firmas y perras grandes.

— Es preciso — nos recomendó — recoger muchos miles de firmas. Esto va á ser

un plebiscito de los católicos de Barcelona. S. E. lo quiere así y tengo interés en complacerle.

Imitando á mis compañeros de Comité, recogí unas cuantas firmas; pero muchos de los que se adherían, por no llevar suelto ó por tacanería, se olvidaban de dar el perro gordo, y la broma resultaba un poco pesada. En una reunión que celebró el Comité pocos días después, se lo hicimos notar á Pons.

El clamoreo era general, y don Alejandro, temiendo el fracaso del plebiscito, tuvo un arranque:

— Recojan ustedes firmas con dinero ó sin él; lo esencial son firmas; yo pagare por los insolventes.

Aquello ya era otro cantar. Las firmas llovieron desde aquel instante, y jóvenes aprovechados del Comité hubo que se sacaban algunas pesetas diarias con las famosas firmas.

El negocio era claro. A todo Cristo se le invitaba á firmar; si pagaba los diez céntimos, para el bolsillo, si no pagaba se las echaba uno de generoso á costa de Pons, y al que se negaba á dar dinero y firma se le hacía adherir sin su consentimiento. Al fin, nadie había de comprobar la autenticidad de aquellos millares de López, González, Pérez y Rodríguez que llenaban con sus rúbricas las hojas del Comité de Defensa Social.

Monfero y los intelectuales



—La protesta, como usted verá, no puede ser más fuerte.
—Sí; pero siendo fino el papel, excuso decir á usted...

El éxito fué completo. Al cabo de un mes teníamos 50,000 y pico de firmas, que costaban á nuestro presidente una inmensidad de calderilla; don Alejandro estaba radiante, el cardenal satisfecho y la mayor parte de los buscadores de firmas se habían hecho ropa nueva.

¡Oh, qué gran triunfo el del plebiscito del Comité!

SIMON SOLER,
exafiliado.

||LA PESTE||

Tema de conversación,
de gacetilla, de crónica,
de charla, de discusión...
Eso ha sido una obsesión.
¡Dichosa peste bubónica!

Todos de ella me han hablado
¡Este es el *bacillus*, este!
El afán desmesurado
de exagerar. ¡Apestado
estoy de oír tanta peste!

Hay quien, de tanto oír hablar,
dió, por fin, en la manía
de que se iba á contagiar.
Y se ha hecho desinfectar
ochos veces cada día.

El que algún bulto ha tenido
se iba á algún paraje oculto
y, miedoso y preventivo,
se pasaba el día metido
allí, buscándose el bulto.

A un respetable señor
tuvo que echar á empujones
de su clínica un doctor,
pues gritaba:—¡Por favor,
mire si tengo bubones!

De esto yo estoy admirado.
Tanto *canguelo* ¡y qué viene?
Si á poder ser atacado
me tienen acostumbrado
los señores de la Higiene...

Sé que no han de vigilar
y sé, por tanto, que ir
por la noche á pasear
si se llega á tropezar,
es... entregarse á morir...

Pues vereis cómo la gente,
con sonrisa sardónica,
os mirará malamente...
Y será que, ciertamente,
sufrís la peste bubónica.

¡Si son para ese contagio
inútiles las medidas!...



En el Ayuntamiento

(Escena campestre)

Sacad el hecho á sufragio
y oireis que en ese naufragio
no vale ni salvavidas.

Por eso este asunto yo
lo tomo con tal frescura
que miedo jamás me dió.
Tranquilo si se curó;
tranquilo si no se cura.

Por tanto, venga en buen hora
esa peste tan temida
y, tan fresco como ahora,
saludaré á esa señora
cual á antigua conocida.

M. JIMÉNEZ MOYA.

EN LA CARRETERA

El vagabundo se sentó al borde del camino. Hacía dos días que marchaba al acaso, bajo el sol ardiente, descansando por la noche al pie de un almirante y reanudando á la madrugada su excursion interminable. Desde el umbral de las puertas, las mujeres, al verle con su atezado semblante y su inulta barba, llamaban á los pequeños temerosas del peligro. En el campo, cuando, dispuesto á todas las labores, pedía trabajo, le rechazaban duramente. Con la cabeza baja y arrastrando su nudoso garrote, se marchaba resignado. Pero no bien había dado algunos pasos, cuando estaba seguro de que no podían verle, se enjugaba gruesas lágrimas con el revés de la mano.

Y, sin embargo, en aquel punto profería palabras de impaciencia y de ira.

—¡Es una injusticia! ¡No hay Dios!
Dió en tierra con el palo, profiriendo un juramento, pero una cosa brillante saltó en medio del polvo. Se levantó y fué á cogerla.

—¡Esto es lo que se llama tener suerte!
Daba vueltas entre sus dedos á una moneda de oro. La miraba sin dar crédito á sus ojos.

—¡Un luis! ¡Es un luis de oro!... Hacé tiempo que no los había visto. ¡De modo que podré comer y beber hasta saciarne y dormir en mullido lecho! Llegaré fácilmente á la ciudad. Allí sabré ingeniarne.

Meditó un instante.

—Este dinero no es mío... ¡Si me hubiesen visto!
Miró á todas partes. No vió á nadie. Estaba solo en la carretera.

Allá lejos, á la derecha, por cima de las doradas



—Y á mí que vengo á orar ¿no me permite la entrada?

—No, hermana. Como la fe va disminuyendo, hay que ir aumentando el negocio.

meses, se veía una aldea. Distinguió los techos de bálogo y el puntiagudo campanario.

Se dirigió hacia aquel sitio y se detuvo frente á una posada.

—¡Salud, señores!

La posadera le dijo desde el umbral:

—¿Qué quiere usted?

—Quisiera comer algo.

—No tenemos sobras... Siga usted su camino.

El le guiñó el ojo.

—¡Oh! Es que yo no pido limosna. ¡Pago!

Le mostró el luis de oro.

Admirada la mujer, llamó á su esposo. Este miró con desconfianza al guitón y la moneda, y luego preguntó:

—¿Quién se lo ha dado?

—¿Qué le importa á usted, puesto que pago?

—Pues bien: yo no le daré comida. ¿Lo entiende usted?

El vagabundo vaciló un instante. Despues se metió en el bolsillo la moneda de oro, encogióse de hombros y se largó.

El posadero y su mujer le siguieron con la mirada.

—¿Habrá hecho alguna picardía?

—Si avisáramos á la justicia?

Llegó un parroquiano y le explicaron lo acaecido exagerando un poco.

—Un sujeto, de cara patibularia, y que quería pagarle un luis. No es natural. (Y hacía sonar otros en el bolsillo.) ¡Esos pillos! No se sabe nunca á dónde van ni de dónde vienen.

En menos de cinco minutos se enteró todo el lugarcín. Algunos pilletes seguían de lejos al vagabundo, que apretaba el paso.

Aquello le hubiera parecido raro en otra ocasión; pero ahora, que tenía dinero, no se preocupaba de tales cosas.

La panadera arreglaba en su tienda panes bajos, de rubia y vistosa corteza.

—Buenos días, señora. Necesito una rebanada de pan.

—Siga usted su camino.

—Oh, oh! Aquí todos son desconfiados. Se fijarán en el vestido. Cobre usted.

Y le tendió su luis.

—Le digo á usted que se marche.

El se quedó con el brazo tendido y la boca abierta.

—¡Ah, usted también!

Movió la cabeza, murmuró: "¡Qué imbécil!", y pasó de largo.

Y en todas partes, en la carnicería, en la tocinería, en la lonja, le dieron la misma respuesta.

Se preguntaba: ¿Por qué no me venden lo que pido? Tal vez la moneda sea falsa.

No se atrevía á sacarla de nuevo. La palpaba en el bolsillo, entre las migajas de pan duro y los desechos del tabaco.

Declinaba la tarde. Aun no había comido. Marchaba otra vez por la carretera, y entretanto, pensaba:

—Pero es que no puedo morirme de hambre con veinte francos en el bolsillo...

Empezó á comprender.

—No, yo no tengo traza de poseer un luis. Esto les infunde sospechas. Se preguntan dónde lo he robado. Creen que se lo he cogido á un viandante. Cuando se tiene hambre se hace tan mala figura...

Mientras hablaba para sí, en una revuelta del camino, vió á un hombre que venía á su encuentro. Andaba también encorvado, con vaelante paso. Llevaba un rafio traje. Cubría con viejo sombrero su cabeza, y su despeinada barba, cubierta de polvo, hacia parecer aún más atezado su rostro.

Los dos guitones se detuvieron, y como todos los desgraciados se conocen, tendieronse la mano.

—¿A dónde vas, compañero?—preguntó el hombre del luis.

—Voy á la aldea para pasar allí la noche. Podemos llegarnos juntos.

—No. Sigo la dirección opuesta. Y tengo que darte un consejo: retrocede. No te recibirán muy bien. No encontrarás casa.

—Es que no me falta dinero.

—Ni aun así.

El otro repuso:

—Estos aldeanos son iguales en todas partes. Si creen que se les pide limosna se hacen el sueco. Pero cuando se les enseña esto...

Hizo saltar en la palma de la mano algunos sueldos y se echó á reír.

—No es mucho. ¡Diez y siete sueldos!... Pero me bastará para tres días.

Entretanto el del luis se decía:

—¡Con diez y siete sueldos es más rico que yo con mis veinte francos! El encontrará pan y un haz de paja en que apoyar la cabeza...

Se le ocurrió una idea.

—Escucha; dame algo.

Al oírle el otro cerró la mano en que guardaba su dinero.

—No puedo; ¡qué diantre! Tengo lo preciso para llegar á la aldea, y aun así...

—¿No tienes pan?

El otro cogió su morral y lo apretó contra el pecho.

—No... Adios.

Dió un paso. El truhan le detuvo.

—No te marcharás así, dejándome muerto de hambre.

—No tengo nada.

—Tienes dinero... Vamos á ver... Somos hermanos...

—No puedo... Ya te lo he dicho... Vete; ya encontrarás trabajo.

El hambre atormentaba al vagabundo, animándole con una embriaguez extraña.

—Oyeme. Te compro tus sueldos y te los pago bien. Te doy veinte francos.

El otro abrió desmesuradamente los ojos.

—Si—prosiguió el vagabundo—; veinte francos. Esta mañana los encontré en el polvo. Pero los rechazan porque ven mis andrajos. Mira: ya no tengo vestidos. Son harapos. Y luego el hambre me da mal aspecto. Y tú llevas un traje decente. Con este gabán pareces un pastor que viaja. Y has comido, mientras yo me muero de hambre.

Los libros de texto



Debe quemar Mellado tanto libro de texto malhadado.

Mas no se quemarán.

¿No pensáis que en Estado está Sanchez Roman?

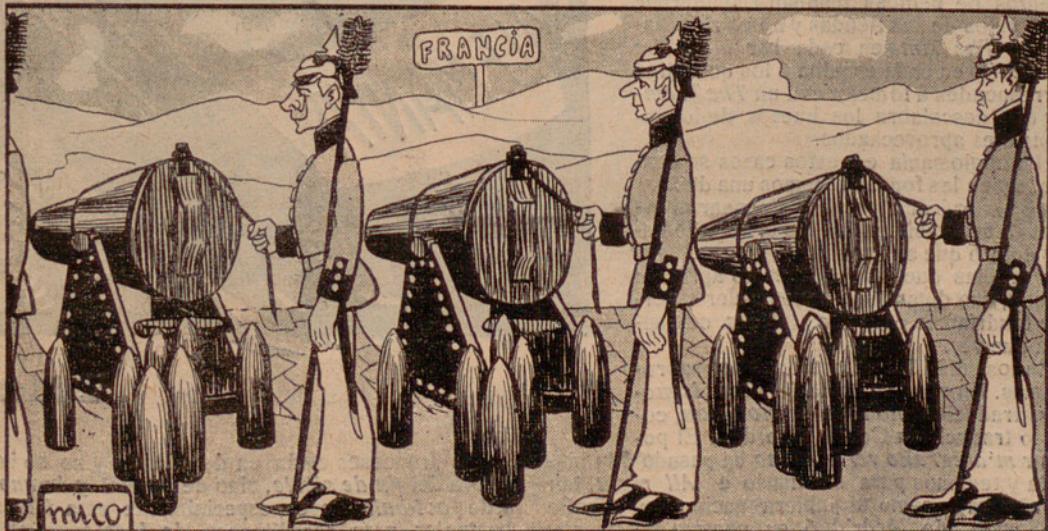
Pronunció estas últimas palabras en voz baja, acercándose mucho al otro.

—El negocio es bueno. La moneda no es falsa. Oye el sonido. Hela aquí. Dame tu dinero.

Pero el otro se apartaba, rechazando la moneda.

—Guárdala. Eres más rico que yo.

La cuestión franco-alemana



En la frontera

—No me has entendido. No la quieren. Daca...

—No... no... ¡Adios!

En un acceso de locura el vagabundo se lanzó sobre su camarada y le apretó el cuello con ambas manos.

—Dame.

El otro se agitó para escapar á la apretura. Tendió los brazos; su boca se abrió para gritar; los ojos le salían de las órbitas. Cayó, y los sueldos cayeron á tierra.

A gatas, el matador los recogió, se los guardó en el bolsillo y echó á correr.

Cuando vió entre las hojas un crujido leve como el ruido de una rama que cae en el musgo. Velozmente se dirigió hacia la aldea. Notó que tenía el luis entre los dientes. Sintió en el bolsillo el peso de la calderilla. Tuvo miedo. Pero el hambre le retorcía las entrañas. Tomó el luis y lo echó al aire.

Se oyó entre las hojas un crujido leve como el ruido de una rama que cae en el musgo. Velozmente se dirigió hacia la aldea.

—Cuatro sueldos de pan... ¡Deme pan!

La panadera tomó un trozo de pan y se lo dió. Pagó, estremeciéndose al contacto de las monedas.

Pero el pan era blanco, de dorada corteza. Hincó el diente, salió á la calle y avanzó por la carretera.

Unicamente oía en el silencio el ruido de una rama que cae entre las hojas secas... Era cabalmente el ruido que hiciera el luis al caer en la hierba.

MAURICIO LEVEL.

THE BARCELONA

All right! Estamos en plena invasión inglesa, de la que no nos ha librado la bubónica, y dispuestos á ser subditos de Eduardo VII á poco que se les antoje á estos señores de la *pérfida* vestidos de blanco y enamoradizos como Tenorio.

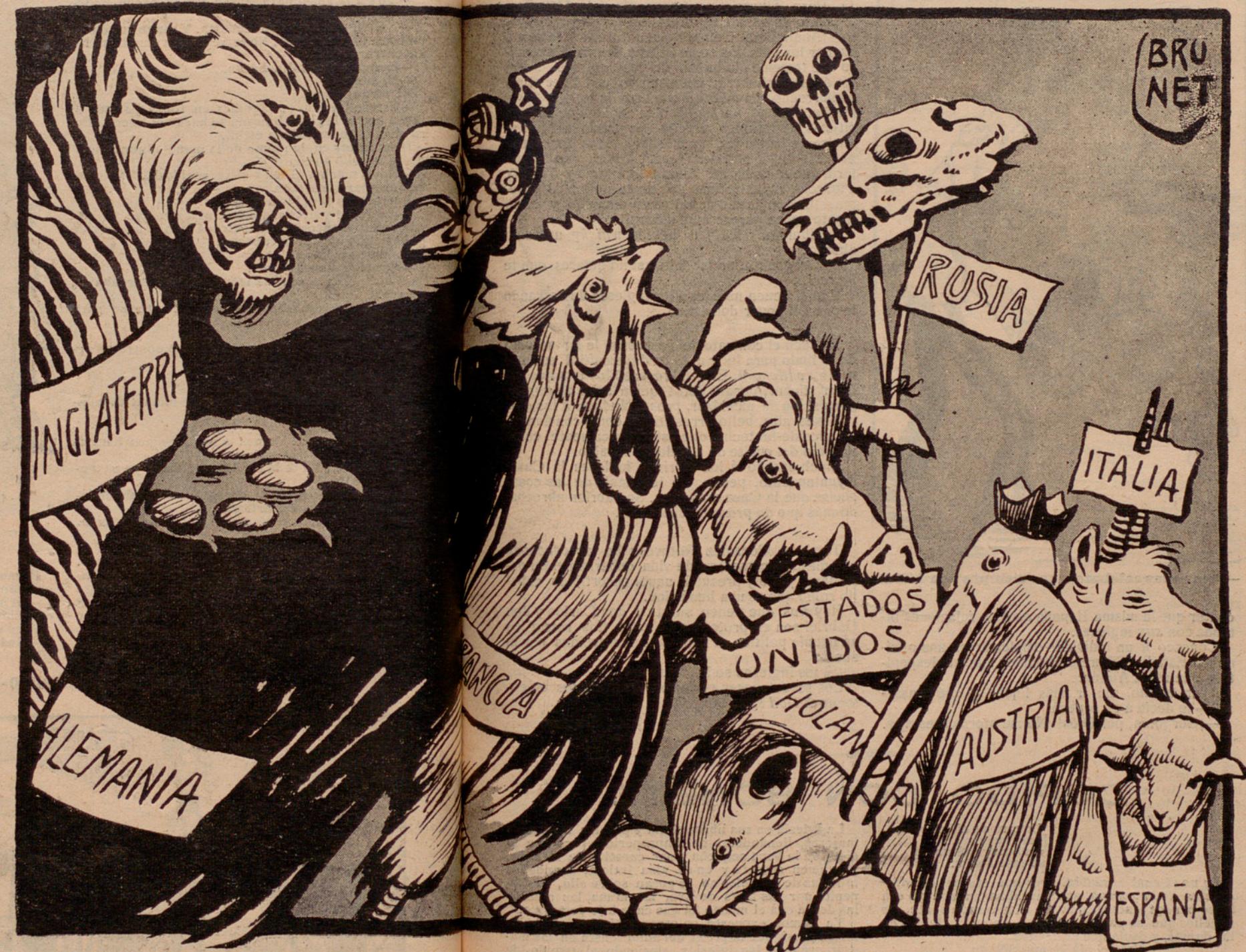
La llegada de estos invasores tiene el don de jorobar á una mitad de los barceloneses y de dejar dinero á la otra mitad. Apenas los periódicos anuncian la venida de una escuadra, los dueños de establecimientos de bebidas mandan embadurnar los rótulos de sus tiendas y no es raro hallar un *The Timo* en cada bar ó un *The Desballo* en cada esquina á los que ellos corresponden á lo mejor con un *The Trompis* que descalabra los huesos de los industriales aprovechados.

La angloamérica en estos casos se desborda y en las fondas tenemos una de *thes* con ó sin azúcar capaz de estropear el estómago más resistente... Es el afán de hacer dinero que se impone.

Y gracias que los ingleses no aprecian mucho, que digamos, á nuestro clero, porque tendríamos cada *the*. *Deum* que habría que ver.

En los cafés las discusiones son sabrosísimas. En ellos se habla del *times is money*, traducíndolo *timo de monedas*, como lo traducirían Costa y Jordá... El popular *m'alectraito verte bueno* ha pasado á la historia y tenemos para uso diario el *All right*, tan españolizado como si hubiera nacido en la calle de Sevilla, de Madrid, ó en nuestra hermosa y concurrida gran vía *den Perot lo l'ladre*.

EL OCIEIRO EUROPEO



Todos chico nadie se separa de su sitio

Los franceses están en decadencia y no se habla ya del *fin de siècle*, sino de *smart* y de *snob* y de *foot-ball*, frases, especialmente esta última, bastante para acreditarlos de blasfemos ante cualquier *tressolista* de los de la franca.

—¡Hay que modernizarnos!—exclaman los más.
—Es preciso que imitemos á los ingleses!

Y lo dicen con tal convencimiento, que os dejan sin reloj ó sin cattera, como os descuidéis, recor-

dando, seguramente, las gloriosas hazañas de Inglaterra en el país boer.

Actualmente estamos luciendo calzados de horneja inglesa, trajes de paño inglés, camisetas, calzoncillos y calcetines de punto inglés, todo sin

Baño de impresion



—Toma esas calabazas, que siempre son útiles.

contar que la misma España está en relaciones íntimas con sus ingleses.

Conozco á un individuo empleado en una oficina del Estado, Tiburcio Melaniez, que se despepita por la rubia Albion.

Ayer mismo, sin ir más lejos —¿á qué cansarme?—le decía á su esposa:

—¡Gorgonia, por Dios! No me atormentes más.

O tú tiñes los cabelllos de rúbio ó me separo de tí para siempre...

—Pero, Tiburcio, ¡qué cosas tienes! ¿Cómo me presento yo en una tintorería?

—¡Analfabeta! Cómprate una tintura y te van á quedar los cabellos como hebras de oro. Es preciso que tomemos lo bueno de los ingleses. Mira, vé á la perfumería mientras yo voy á ver si me emborracho con whisky, que eso da tono y viste mucho. No hay un inglés bien nacido que no coja pítimas respetables. Luego nos presentaremos al almirante inglés y... ¡quién sabe! estos *loros* tienen á lo mejor grandes ideas. Vaya.., ¿no te gustaría que te llamaran Milady Gorgonia y á mí Sir Tiburcio? ¡Qué lástima no se te quiten estas lujas! ¡Una inglesa con bultos en el cuello y en la frente no me parece muy natural!

—Tiburcio... Tú has bebido whisky antes de ahora...

—¡Gorgonia... no me faltes si no quieres que te boxee!...

Y aquí tienen ustedes á los ingleses desterrando la paz del hogar doméstico.

* * *
A Lluch el contrato de Tesorería le ha servido de lo lindo para lucir ante lord Beresford su finura de *gentleman*. El hombre sacó los trapitos, no de cristianar, porque éstos quién sabe *do paran*, pero sí los de alcaldear, presentándose á los ojos ingleses alto, bello, irresistible, como conviene á un alcalde-fantoché que estaría ricamente como anuncio del aceite de hígado de bacalao.

Lluch enseñó á los marinos ingleses la Casa Ayuntamiento, pero... no les habló de las cosas sucias que la Casa esconde... Se habrían abrochado más que de prisa los visitantes.

* * *
Tambien Gonzalez Rothvoss ha aprovechado sus últimos momentos de vida gubernamental para darse pisto y presumir aquel ensortijado cabello rubio que es una bendicion.

Hay *tíos* que tienen suerte y don Carlos y don Gabriel son el prototipo de estos tíos. Hasta en su agonía política se han visto favorecidos por la suerte.

¡Si los ingleses se los llevaran!

Los barceloneses seríamos los primeros en entonar el *God save the King*.

JUAN SINCERO.

CUPIDO CON BONETE

Un cura me dió un beso.
¡Jesús, qué risa!
Ya no quiere mi madre
que vaya á misa.

En no sé cuál zarzuela, creo que era en *Los diamantes de la corona*, que cantaban cuando yo era chico por los teatros, salsa un almibarado abate, de aquellos que se pasaban la vida entre las faldas de las damas, y decía que él llevaba

Bajo el ala de murciélagos
la ganzúa del amor.

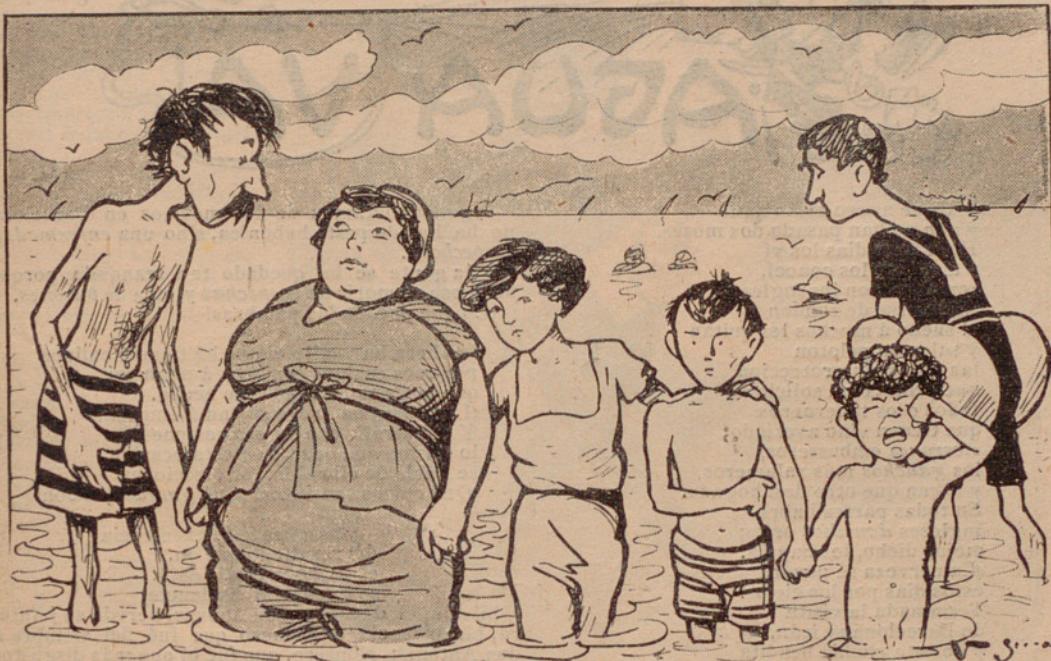
Lo cierto es que los curas bajo sus negras hopalandas llevan siempre preparada la afilada flecha del travieso dios, dispuestos á herir y á atravesar todos los corazones sensibles más ó menos maduros que les salgan al paso. La sabiduría de la Iglesia es así: quiso que los clérigos fuesen una especie de eunucos ó castrados por el voto del celibato eclesiástico y le salieron tan bien las cuentas que de cada bonete hizo un don Juan Tenorio ó un Lovelace.

La Iglesia en sus libros chilla y patalea contra las mujeres, llenándolas de improperios; pero eso lo dice con la boca pequeña y por cuestión de fórmula, porque en secreto y en su vida íntima, cuando las miradas de los fieles no se posan sobre ella, se despepita por las hijas de Eva, las mima, las adulsa y las deseja con el mismo fin que cada hijo de vecino.

Ya hemos expuesto en otros artículos cómo los laicos persiguen la presa del amor hasta en las madrigueras de las iglesias, sirviendo el templo de complaciente Celestina, y hasta hermoseando con unas pinceladas de cierta unción religiosa las etapas prosaicas y eminentemente materiales de dos cuerpos que se buscan.

Pero aparte de este teje manejo de los conquistadores de bigote, bulle dentro del templo y se desarrolla casi inadvertido por los ojos profanos un nuevo mundo de pasiones y amores exclusivamente cléricales: un bosque encantado donde faunos y sátiros llevan en sus cabezas la tonsura eclesiástica y

En los baños



—Sumérgete poco á poco, Blasa; si no vá á irse á pique algún barco

donde el dios Cupido ha tirado su venda tradicional, cubriéndose solamente con un descomunal bonete.

Existe infinito número de personas que llevan años y más años entrando y saliendo en las iglesias y nadie han descubierto de estos escarceos amorosos que se agitan en torno suyo. No es extraño: hay que conocer la vida clerical de telón para adentro y esto no está al alcance de todo el que lo quiere. Yo revelaré algunos de sus misterios.

Las sotanas, amigo lector, tienen más influencia en las mujeres de lo que muchos suponen. Con frecuencia se ve el caso de una mujer joven, guapa y rica locamente enamorada de un cura viejo, sucio y groserote; en cambio esa misma mujer despreciaría con desdén al seglar más apuesto y gallardo. ¿Por qué es esto? Arcanos son del alma femenino, que se esponja y regodea con la ilusión de que arrebata á Dios unos corazones que le están consagrados.

¿Qué crees tú que es y significa si no amor ese afán, esa comezon que sienten tantas mujeres de estar continuamente en la iglesia, de oír la misa del padre X, de escuchar los sermones del padre Z ó de confesarse con el padre M? Hay mujer que se pasa más horas en la iglesia que en su casa; ya puede gruñir el marido, andar los hijos como gitanos y todo el hogar doméstico manga por hombro, que ella no dejará sus triduos y novenas por todo el oro del mundo. Todo esto porque en esos actos del culto ve á su capellan predilecto, que la saluda con disimulo y le hace sus señitas, cosas que llenan á la beata enamorada del más refinado goce. Los amigos y vecinos suelen decir al verla camino de la iglesia todos los días:

— ¡Qué buena es doña Sinfónica!

Y la muy... ¡Jesús! iba á decir un disparate, se ríe maliciosamente al oírles, porque sabe muy bien

que la devoción no entra para nada en su entusiasmo religioso.

Que os la pegan, maridos; novios, mirad que os birlan á vuestras prometidas y que en la Iglesia no ha prescrito el derecho de *pernada* todavía; ojo, padres, que os prostituyen á las hijas; no os descuidéis, hermanos, que la deshonra saltará de improviso sobre vuestra casa. Hay que evitar á todo trance el trato de la mujer con el cura, que es fuego y enamoradizo como nadie, y sabe hacer sin ruido ni moscas lo que otros hacen á son de clarín, y todo ello *con muchísimo respeto*, como sabía hacer ahorcar el alcalde de Zalamea.

Y como esta materia es muy larga y sobre ella hay mucho y muy sabroso que decir, por hoy termino dirigiendo las siguientes preguntas para que las conteste el obispo Cortés, que es el Scarpia del clero de Barcelona:

¿Quién es un cura delgado con anteojos que en las apreturas y escaparates se echa tan encima de las mujeres que ya le han dado más de cuatro escándalos por esto?

¿Quién es un cura gordo que por los callejones inmediatos al Palais de Cristal echa largas pláticas acompañadas de gestos y mimica expresivos con esa gitana llamada Leonor que anda por las Ramblas?

¿Quién es un cura viejo que llama á las niñas que venden periódicos con las cuales se trasconeja por las arcadas de la plaza Real, saliendo algunas de ellas gritando despavoridas?

¿Quién es un curita rubio que se sitúa á la salida de las operarias de los talleres de El Águila, emulando en chicoleos con los chulos y soldados que van á lo mismo?

Continuaremos, que aun quedan cosas muy gordas por decir.

FRAY GERUNDIO.





Ya de nuevo están aquí
y aun no han pasado dos meses.
Hace unos días los ví
y á escape los conocí,
son ellos, son los ingleses.
Al colarse de rondón
el sueño á muchos les quitan
y salen en peloton
las niñas sin protección
que protección solicitan;
todos esos taberneros
que tienen vino averiado;
cicerones embusteros;
los ganchos más zalameros
y algun que otro desahogado.
En todas partes habrá
ingleses á medios pelos;
mejor dicho, los hay ya.
¡La cerveza se pondrá
estos días por los cielos!
Terminada la visita
de Barcelona se irán,
y de esta ciudad bendita
—¡Cuánta cosa y qué bonita!—
esos marinos dirán,
Y siento (pues les habría
seguramente asombrado)
no estuviera todavía
¡el tambor del Bruch que había
como farol colocado!!

* *

Según el dictamen de los médicos en Barcelona
no ha habido peste bubónica, sino una *enfermedad sospechosa*.

Y la gente se ha quedado tan tranquila, porque
una cosa es morir de *sospechas* y otra de *bubones*.
¡Lo que pueden las palabras!

Ahora ha vuelto el que há tiempo callaba
por esos casinos con brío á anunciar
que la Casa del Pueblo se acaba.
¡Las obras en breve se van á empezar!
Y es extraño que ya en ocasiones,
lo mismo que ocurre en esta ocasión,
se hable de ello al llegar elecciones.
¡Qué chicos tan listos! ¡Qué guajás que son!

* * *
Observando la excelencia
del resultado que da,
el hecho probado está:
se impone la disidencia.

Silvela, el disidente de Cánovas, heredó su jefatura,
birlándose á Romero que fué fiel siempre á
don Antonio; Montero, que fué el que más disgustos
dió á Sagasta, le ha sustituido, quedándose á pie
don Segis, el eterno lugarteniente de don Práxedes;
Maura parece que acabará por derrotar á Villaverde, que fué siempre el íntimo de Silvela...

Si esto hubiera sucedido
en tiempo de Cristo, en cuanto
hubiera sido vendido
Cristo... pues hubiera sido
Judas nuestro Padre Santo,



Somos los empresarios
del Paralelo.

Ya veis de qué manera
nos luce el pelo.

El clero y los fieles de Morella han emprendido una tenaz persecución contra todos los solteros que tengan mujeres á su servicio, llegando hasta el extremo de obligar á los propietarios á que les expulsen de las casas que habitan.

En cambio protejen á los que tienen criados *machos*.

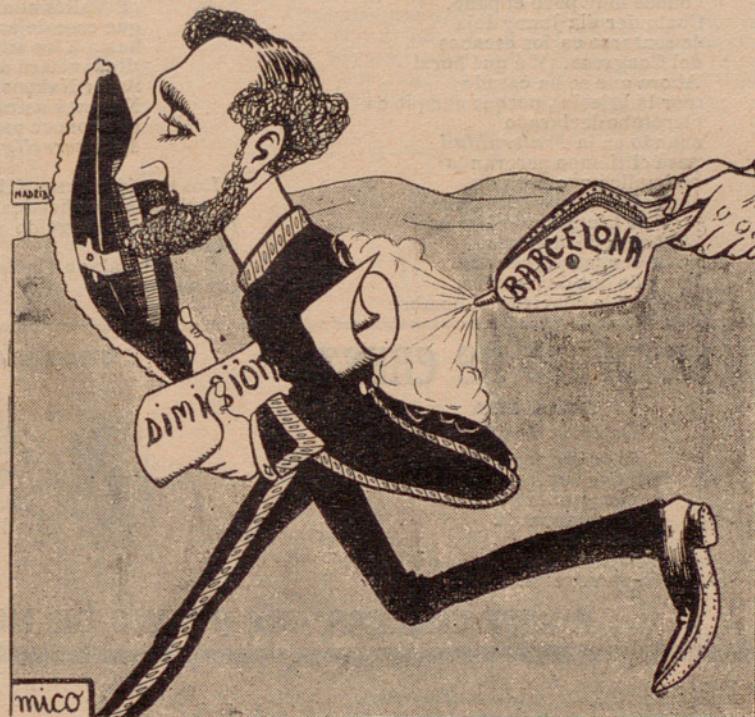
Siempre fueron los católicos muy amantes de las *facultades viriles*.

Y si no que lo digan los de la Defensa Social.

Refieren los periódicos que la cabeza de Henri Languille, guillotinado en Orleans, oyó y entendió durante medio minuto, después de separada del cuerpo.

El caso no deja de ser sorprendente, mucho más si se considera el infinito número de cabezas que estando unidas al cuerpo, ni ven, ni oyen, ni entienden.

Ustedes no sabrán (por qué supongo que no leerán



"Viento en popa, á toda vela..."



Con oro al fin se ha arreglado
lo que por oro se armó,
Es muy desinteresado
el clero, Lo ha demostrado
cuál siempre lo demostró.

La Epoca) que Botella, por mal nombre *Juan de Becon*, escribe unas cartas desde París que se publican en el sesudo diario para perfeccionamiento de galiparlistas.

Y tampoco sabrán que uno de estos días hablaba de la posibilidad de que volviera á ponerse en boga el miriñaque, y suponía con este motivo que había *interviewado* á Sarah Bernhardt, madame Céline Chaumont y mademoiselle Sorel.

Pero de lo que sí pueden ustedes estar ciertos es de que la tal cartita no era ni más ni menos que una bastante menos que mediana traducción de un artículo publicado tiempo atrás en *Le Matin*.

Pues me resulta un guason en *La Epoca* ó fuera de ella ese señor de Botella, alias don *Juan de Becon*.

Lleno de buena intención Nakens á los candidatos que representando vienen al bando republicano en las Cortes, y que están ya del todo fracasados, aconseja que den pruebas de altruismo trabajando en favor de gente joven, hombres que no estén gastajenos á compromisos [dos y libres de compadrazgos, pues dichos puestos no deben quedar jamás vinculados, ya que hacerlo así sería del todo antidemocrático.

Se ve que el bueno de Nakens conoce muy poco el paño. Cualquier dia Junoy deja de sentarse en los escaños del Congreso. ¡Y á qué hora! Ahora que se ha casado (por la Iglesia), porque aunque es clerófobo declarado cuando en la *Fraternidad* pasa el tiempo perorando no implica que para si siga el precepto eclesiástico. ¿Y de Lletget qué diremos? Si al acta de diputado ha de renunciar, se pasa llorando dos ó tres años. ¡Pues no le conviene al hombre

poco el cargo que digamos!

¡Y Vallés el ampuloso

que cree dejar estáticos

hasta á los mismos ujieres!

¡Refunciará á tal gustazo!

Señor Nakens, ¡por favor!

Nos está usted demostrando

que conoce usted muy poco

el cargo que digamos!

¡Y sus correligionarios.

Los marineros rusos del *Potemkin*, después de pasar

á cuchillo á los oficiales, se emborracharon de *champagne*

y acto seguido se entregaron á las autoridades.

Era natural: un vino *aristócrata* solo podía inspirar

bajezas.

QUEBRADEROS DE CABEZA

CHARADA

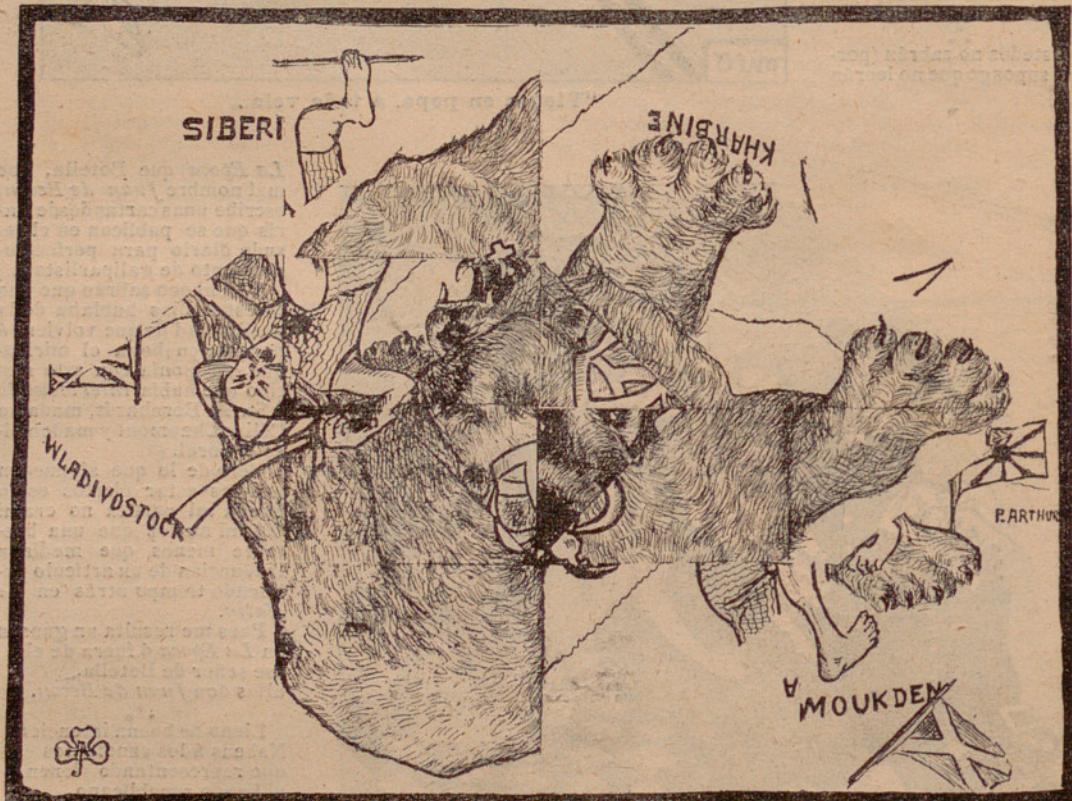
(De Luisa Guarro Mas)

Mi primera y tercera
son dos vocales,
y mi segunda y cuarta
dos consonantes.
Es el *total*
producto que se obtiene
de un vegetal.

CHARADA EN ACCION



ROMPE-CABEZAS CON PREMIO DE LIBROS



UNA ALEGORIA DE LA GUERRA RUSO-JAPONESA

Distribuiremos entre todos los que remitan la solución exacta de este rompe-cabezas cien cupones, y cada diez de ellos darán derecho á un volumen de importe una peseta. Si fuera solamente uno quien enviase la solución á él corresponderán los cien cupones, con los cuales podrá adquirir diez libros del precio indicado ó otros de mayor valor; por cada diez cupones se le computará el valor de una peseta en libros. Caso de que quienes remitan soluciones no

excedan de diez, corresponderá un volumen á cada uno, y si pasan de dicho número les serán distribuidos los cupones por igual, pudiendo con los que adquieran en otro concurso de este género completar los que le faltan para la adquisición de la obra que deseen. La lista de los libros que ofrecemos como premio se publicará en la edición diaria de *EL DILUVIO* y estará de manifiesto en nuestras oficinas de la plaza Real. Se admitirán soluciones hasta el 16 del actual.

ENCASILLADO

(De Guillermo C. Miquelet.)

RE	ENOS
MI	CURA
FA	RITA
SI	LLAVE
LA	DIRE

Combínense las notas musicales con las palabras adjuntas, de manera que expresen poblaciones de España.

JEROGLÍFICO

(De J. Done O.)

2 2

PROBLEMA ARITMÉTICO

(De Francisco Masjuan Prats.)

Por resultas de un pleito que gané en compañía de otros dos litigantes, N. y X., me correspondió la cantidad de 1.069,500 pesetas. Pero en ella va incluido el rélito que produjo al 5 por 100 anual durante 3 años la suma que me correspondía, cual cobro convine con el ejecutado en aplazar mediante el pago de un interés que se estipuló. Sabiendo que la cantidad objeto del pleito mermó por gastos, honorarios, derechos, etc., en un $3\frac{1}{8}$ por 100, que N. cobró del líquido restante un 20 por 100 y que X. percibió los $\frac{5}{6}$ del resto, determinese lo que sigue: La cantidad que dió margen al litigio, la parte de cada litigante, la mía, mis intereses y el total de gastos.

SOLUCIONES

(Correspondientes á los quebra-deros de cabeza del 24 de Junio)

A LA CHARADA
Esponja

AL PROBLEMA ARITMÉTICO

Las balas compradas fueron las siguientes: De 1.^a clase 80, y se pagaron á 110 duros cada una; de 2.^a clase 320, y se pagaron á 75 duros; de 3.^a se compraron 82, y se pagaron á 56 duros cada una, y de 4.^a clase se compraron 400, pagándolas á 30 duros.

A "EL PAYASO"



ADVERTENCIA.—A causa de las reducidas dimensiones del rompe-cabezas con premio de libros que apareció en nuestro anterior número, hágese sumamente difícil encontrar la solución. Ninguna de las muchas que se nos han remitido es exacta. Los animales que atisba el cazador en la arboleda son un mono y un buho. Si hay quien tenga vista de lince y los halle se le entregarán los cupones canjeables por libros.

Han enviado soluciones.—A la charada: Luisa Gurrero Mas, Isabel Puig, María Pagés, Carlos de Laviola, Francisco Masjuan Prats, Antonio Agulló, Juan Casimiro Pal, José M. de Muga, Isidro Forneils (de Berga), Octavio Ribalta, M. Morull, J. de P., «Un encantista», Magín Prats, Anton Llopis, Tomás Llúsch (de Igualada), «El Guripá», A. Briz, Toribio Miró (de Manresa), Carlos Julia, Ricardo Pedrell, H. Serrat, «Un droguero de Gracia», Pedro Riutort, M. García Velez, R. Torrembó y P. P.

Al problema aritmético: José María Soler (de 11 años de edad) y Francisco Masjuan Prats.

• **El Payaso:** Francisco Masjuan Prats.

→ ANUNCIOS ←

Si las mujeres todas supieran lo seductor y atractivo que es para los hombres una boca esmalizada de esmerados dientes y sonrosadas encías, no olvidarían enseñar á sus hijas á cuidarse de la dentadura más que de la cara y de la modista. ¿Qué mujer hay fea con esmerada y corregida dentadura? ¿Cuántas conquistas no se deben al **Licor del Polo**?

DESCONFiar

PROVEEDORES DE LA REAL CASA

El citrato de Magnesia Bishop es una bebida refrescante que puede tomarse con perfecta seguridad durante todo el año. Además de ser agradable como bebida matutina, obra con suavidad sobre el vientre y la piel. Se recomienda especialmente para personas delicadas y niños.

En Farmacias. — Desconfiar de imitaciones

MAGNESIA
DE BISHOP

DE IMITACIONES

ORO
PARA
PULIR Y ABRILLANTAR
METALES.
El mejor producto conocido
Pídase en todas partes.

LETRAS RECORTADAS

EN PAPEL ENGOMADO

BLANCO, NEGRO ó COLORES.

IMPRENTA LUIS TASSO.

Arco del Teatro, 21 y 23, Barcelona



El sable del paseo de la Aduana